

la conciencia maliciosa de los despenseros, ni estás sujeto á la solicitud del ordinario gasto, no á la molestia de cumplir obligaciones. Qué mayor felicidad, Mycilo amigo, que acabar una chinela y recibir al punto siete maravedis del precio de tu trabajo, con que quedas mas rico que el poderoso á quien envidias, pues gozas eso poco sin disgustos; levántaste quando quieres, y lavado y limpio sales á la plaza á proveer tu despensa, y con un saperda ó un menideo, ó otro qualquier pescadillo, ó algunas cebolluelas, vuelves á tu casa alegre, y triunfas de la hambre y del cuidado, ageno de dañosas demasias, ya cantando con ánimo apacible, ya filosofando con la pobreza segura; viviendo con esta vida robusto y sano, tan enseñado á trabajos, que no puede ofenderte la inclemencia de los tiempos: pues de todos sus disgustos ganas victorias; y de ninguna de sus infelicidades tienes pena: pocas enfermedades graves te fatigan, ningun dolor apretado te persigue, porque valiente la salud con este género de vida, nada es para vencerla poderoso; y quando acaso tal vez te saltea alguna calenturilla (prevenida de liviano exceso) con matarla de hambre la castigas, y así ella misma te dexa facilmente; que la mucha dieta pone aun hasta los males temor y miedo. ¿Hay en el mundo felicidad mas gloriosa que curarte con la misma desnudez que sufres, y que el frio que pasas te sirva de remedio, sin sufrir el interes de un Médico, ni lo disgustado de sus medicamentos y aforismos? ¡Ay desdichados de los ricos, Mycilo amigo, de qué de males abundan, qué de desdichas que pasan, y qué pesares que sufren! ¿Hay acaso en la tierra mal que los cuitados no padezcan? Aprisionales la gota, atormentales la piedra, desespérales la ori-

orina, hínchales la hidropesia, ulcéranles las llagas, la sequedad los atormenta, la humedad los enoja, y otras mil enfermedades les acaban, originadas de la superfluidad de sus banquetes, de la continuacion de sus delicias, y de la reiteracion de sus excesos: ¿sabes tú cómo figuro yo los ricos y los pobres? Acuérdate de la fábula de Dedalo, los Icaros hacendados, los inconsiderados ricos, que haciendo alas de su ambicion y soberbia, fiados en la cera de sus riquezas, intentan escalar los grados mas levantados, los puestos mas pretendidos; caen mas facilmente en cien mil males; porque sin advertir que aquellos vuelos son perecederos, que son falsos, que no tienen consistencia, se quieren llegar al sol de lo que no merecen, y al fin vienen á ser exemplos lastimosos, dexando solo memoria del alboroto que hicieron. No así el Dedalo atentado, el pobre cuerdo, que sin buscar estados tan sublimes se contenta con su suerte, estimando la mediania de su estado, y conociendo la inestabilidad de las plumas con que vuela por el ayre de la felicidad humana; y así cuidadoso no se levanta mucho de la tierra: este tal ¿quién duda que volará dichosamente? *Myc.* Esa comparacion aguda viene bien á los moderados y á los cuerdos que tienen con qué volar: mas ¿cómo lo hará aquel que no alcanza para comprar la cera que habrán menester las alas? Los muy ricos engrandezco, esos invidio; no los que con poco ostentan aparatos urbanos, haciendo de la industria diversos cámaleones. *Gall.* ¿Y de esos ricos no has oido nunca los pesares? ¿nunca supiste las desdichas? ¿Qué dirás de Creso, quando quebradas las alas de su riqueza cayó en un fuego desde el mas grandioso trono, causando risa á los Persas la caída? ¿Qué de Dionisio el Tirano, que despues

de haber gobernado tan dilatado imperio, echado por fuerza de Corinto, le obligó su desventura á ser maestro de niños, trocando el gobierno de tan grande monarquía en tal desdicha? *Myc.* Dime, Gallo, quando tú eras Rey (pues dices que lo fuiste) ¿que te pareció de aquel género de vida? porque me espantaría que entonces no te tuvieses por dichoso gozando de la mayor felicidad que hay en la tierra, y el sumo bien de los bienes. *Gall.* Fui tan desdichado entonces, que aun agora me ofende el acordarme de tan infeliz estado; y así te pido que no me le traigas á la memoria; porque quanto á las apariencias, á la demostracion exterior es así que como dices era dichoso en tal grandeza: mas ¿cómo podré encarecer las aflicciones que de ordinario me atormentaban interiormente, y los diversos cuidados que me afligian el ánimo? *Myc.* ¿Los Reyes tienen cuidados? ¿A los poderosos llegan aflicciones y penas? Pienso, Gallo, que te burlas: cosa me dices que la juzgo por increíble, y que el mundo la tiene por engaño. *Gall.* Rey me vi yo famoso, con el gobierno de una provincia dilatada, tan fertil y abundante, que hacia glorioso mi imperio: tan poblada de gente y de ciudades insignes, que en numerosa y capaz podia exemplarse con el señorío mas de estima: tantos rios navegables que con diferentes sangrias, ya hechas por el arte, ya por naturaleza, fertilizaban gloriosamente sus dilatados disrritos, sus capaces términos; emulacion sobrada á los vecinos contornos: tantos puertos capaces y seguros, escala de las riquezas extrangeras, y puerta para las ganancias y grangerías propias: muchos castillos y fortalezas, que presidiados valientemente con caballos y infantes, exércitos numerosos, aseguraban de qualquier desgracia, de qual-

qualquiera enemigo: mi Corte tan lucida de caballeros y señores, tan frèquentada de extrangeros, tan poblada de naturales, que era una confusa Babilonia: yo me mostraba con vistosa guarda de soldados, ostentando magestad increíble en los aparatos señoriles: las riquezas de que gozaba no puede comprehenderlas el mas subido número; las rentas ordinarias llegaban á dilatadas sumas; las armadas con que poblaba los mares extrangeros y propios aun no podian bien contarse; la suma de dinero, la abundancia de oro y plata, las preciosas bagillas, las piedras preciosas y joyas ricas eran en cantidad notable: pues el triunfo, la pompa, la grandeza, el aparato con que salia de palacio, me servia y me acompañaba, no puede dignamente encarecerse. Asegúrote que de manera me mostraba en público que muchos me adoraban juzgándome por alguna deidad maravillosa: por verme se daban de empellones, y se ponian unos sobre otros, teniendo por felicidad haberme visto: ¿quántos, *Mycilo* amigo, ocupaban los tejados, los balcones y ventanas, pasando trabajos y apreturas por ver mas á su sabor el carro triunfal en que yo iba, las vestiduras preciosas, los ricos recamados de oro y seda, la corona riquísima que adornaba mi cabeza, y el gran concurso que me acompañaba! ¿quántas veces se juzgaban algunos por felices porque llegaron á verme, porque pudieron hablarme, ó quando menos dar señas á otros de mi talle y rostro! Por desdicha tenian no hallarse en mi presencia; y colgadas de mi gusto estaban tantas voluntades, tantas vidas, aguardando la menor palabra de mi boca: ¿puede haber en la tierra mas gloria que esta que te he dicho? ¿hay felicidad que se le llegue, ni ventura que se le compare? *Myc.* Ni que le

le iguale con mucho. *Gall.* Pues entre toda aque-
sa te confieso que me hallaba yo tan fatigado, tan
triste y afligido, que no sabré encarecértelo: mas
qué mucho lo estuviese, pues me daban pena in-
numerables cosas que no las conocen ni las saben
los que mirando el exterior grandioso de los Re-
yes neciamente envidian sus grandezas: á los ta-
les juzgo yo dignos de que se les perdone por la
ignorancia que les ciega poniendo la vista en tan-
tas riquezas y aparatos. ¡Válgame Dios y qué de
veces me tuve lástima á mí mismo en aquel tiem-
po, y con piedad culpaba á mi desdicha que me
habia hecho estatua de grandeza! ¿Sabes tú cómo
considero yo á los Reyes? Estatuas son por tu
vida, inaccesibles Colosos, como qualquiera de
los grandísimos que fabricaron Phidias, Myron ó
Praxiteles; dignos de admiracion en la exterior
belleza á los mismos Dioses se asimilan, qual á
Neptuno, qual á Júpiter, y unos y otros, adorna-
dos de oro, guarnecidos de marfil, de notable
aspecto, vibrando rayos furiosos, quando no ocu-
padas las manos con el tridente agudo, portentosa-
sas máquinas, dignas de todo respeto, y capaces
de general envidia: mas si baxada la cabeza mira-
res lo que tienen por de dentro, verás que son
fundadas sobre palos y bastidores, mimbres, ca-
ñas, pez y estopas, clavos que las sustentan fir-
mes, cuñas que las aprietan fuertes, y otras ma-
terias sucias que con fealdad deformidable llenan
aquellos vacíos. Dexo aparte las arañas y moscas,
ratones y comadrejas que entre aquellas asque-
rosidades viven y se sustentan con hedor intole-
rable entre basura y polvo. Ves aquí copiado un
Reyno, el original de sus felicidades y desven-
turas, lo vistoso apetecible, y lo penoso igno-
rado: ves aquí quanto los hombres estiman, quan-

to envidian y quanto adoran: por tu vida que
juzgues sin pasion qué cosa mas errada, y qué
locura mas sin fundamento? *Myc.* Aun no has de-
clarado lo que significan en esa estatua del Rey
los clavos, los bastidores, la fealdad con que la
pintas, y la suavidad con que la ocupas; porque
el exterior suyo que has comparado á la grandeza
bien veo que le conviene; pues si semejantes má-
quinas son admirables y divinas no juzgo yo por
menos la adoracion de los Reyes, el gobierno so-
bre los inferiores, el respeto que los tienen los
mortales, y la grandeza con que viven y se mues-
tran: esas miserias interiores que aborreces, deseo
saber qué son. *Gall.* Por cierto que pensé que es-
ta claro lo que así te parece mas oscuro. ¿No
sabes el perpetuo sobresalto con que gozan los
Reyes su grandeza, el miedo, los cuidados, las
sospechas que les disgustan y los temores que les
siguen? ¿es facil de llevar el odio que les tienen
los vasallos? Si el Rey es bueno, los malos le
quieren mal; y si es malo, los buenos no le quie-
ren bien: ¿qué de traiciones le ponen los prime-
ros, y qué de disgustos le buscan los segundos?
y rezelándose él de todos, ¿qué poco que descan-
sa, qué enfermo sueño goza, qué inquietudes que
pasa, y qué de tormentos que tiene? Si se duerme
es lleno de alborotos y sobresaltos; si vela, de pen-
samientos, cuidados, desvelos y esperanzas: ya le
falta el tiempo con ocupaciones y despachos, ya
la paz con expedicion de guerras, ya la quietud
con alianzas, confederaciones y consultas; ya el
gusto con pesares, y ya la salud con penas; y al
fin agravado con tantas desventuras le es tan di-
ficultoso gozar de cosa alegre como forzoso y fa-
cil tenerlas todas tristes; y pues de él solo pen-
de el total manejo de los negocios y la expedicion
de

de los despachos, tengo por sin duda que el Rey que tratare de serlo no puede tener gusto perfecto, ni contento dilatado, descanso quieto, ni salud crecida; porque sugeto en quien por fuerza han de vivir tantas penalidades de ordinario (pena de no cumplir con el supremo oficio); cómo es posible que descanse ni se alegre? Oye lo que dixo Homero de Agamenon Rey de Grecia, y hallarás la verdad de quanto he dicho: que no podia dormir (dice) si quiera una hora sola con quietud y descanso; porque en cerrando los ojos se los abrian los infinitos cuidados, que le atormentaban al ánimo y le ocupaban el sentido; de manera que quando los otros griegos del ejército dormian estaba él batallando con los muchos desvelos que le causaban pena. ¿Qué fatiga se iguala á la de Lydo, viendo mudo un hijo solo que tenia, heredero de sus inmensas riquezas? No puede sufrir el Persa la traicion de Clearcho, que quando mas necesitado de su favor y ayuda, rompiendo la fe debida, se pasó al ejército de Cyro, con que le puso en duda la victoria y á él en confusion notable. ¿Qué envidia mas rabiosa causó dolor con zelosos rezelos como la que dió Dion con solo hablar en secreto á algunos Syracusanos? ¿qué penas del mas necesitado fueron mayores que los disgustos de Parmenio? Tolomeo persigue á Perdicas, y Seleuco á Tolomeo; que á ser todos pobres tuvieran paz durable: desventuras como estas atormentan incesablemente la quietud y gusto de los Reyes, á cuya grandeza se atreven aun los menos importantes disgustos, sin respetar su dignidad y estado: así vivas, que consideres la violencia con que el amigo vive, no con quien ama y desea, sino con quien menos gusta, ya compelido por fuerza, ya forzado de respetos de que no

59
pued

librarse, ¿qué pena se iguala á esta?: pues los Reyes la sufren de ordinario: la amiga que traidoramente olvida obligaciones y repetos, y vende el gusto del amante, haciendo grangeria de traiciones y engaños: la sospecha de que los soldados quieran cautelosamente pasarse á los enemigos (temor propio de los Reyes) quando mas han menester socorros; y la que yo juzgo mayor pena en quantas pasan, que siempre andan recatándose de los que mas comunican y de los que mas desean obligar con beneficios y mercedes; de los que se les venden por mas fieles y leales, y fingen mayores obligaciones; porque no se las paguen con grandes daños, como á muchos Reyes ha sucedido, que han sido muertos de sus mayores privados y de sus mas confidentes: y cierto que juzgo por cuerdo este recato, pues ha habido Reyes que han muerto á manos de sus hijos, de sus mayores privados; siendo ministros de su muerte los que tenian mayores razones para guardar su vida. *Myc.* Cosas notables me dices, espantado estoy de oírte, Gallo amigo, y mas lo quedo quando veo que juzgas para mí por mas seguro estarme todo el dia sin levantar la cabeza cosiendo zapatos y chinelas que no beber preciosos vinos en tazas de oro, presentados del que me ha menester, con palabras amorosas, y quizá mezclados con rejalgos y veneno: y cierto que me persuado á que no yerras; porque el mayor peligro que puedo tener cosiendo es picarme el dedo con la alesia, si no acertase á meterla; y esto viene á ser un dolor muy limitado, y de pocas gotas de sangre: mas esos poderosos, segun dices, hacen convites mortales, y quando piensan que estan metidos entre delicias y bienes, mueren entre desdichas y males, ó quando menos pierden las riquezas sin gozarlas. ¿Sabes como juzgo yo

59
H2

á los tales? *Gall.* ¿Cómo, y con quién, Mycilo?
Myc. A los Comediantes me parecen: ¿no has visto muchas veces que quando en los teatros representan á Sisyfos ó Telefos traen coronas de oro, espadas ricas con guarniciones de plata, los cabellos rizados y olorosos, y los vestidos con preciosos recamados y costosas bordaduras? *Gall.* Bien he visto lo que dices. *Myc.* Pues considera que uno de esos estando así adornado le maltrata riñendo con él alguno (cosa que sucede en semejantes regocijos), y derribándole en tierra le hierre y le deshonorra, ¿no causará mucha risa á los que vieren abatido al mismo personage, pisada la corona, herida la cabeza, descubierta la mayor parte de las piernas, roto el precioso vestido, y descubierta el vil y desechado que traia debaxo, y finalmente él conocido de muchos y perseguido de todos? ¿qué confusion habria como esta para el triste? ¿qué dolor mayor que esta desdicha? tal juzgo, por lo que has dicho, á los ricos en poder de sus pesares: así los imagino en sus riquezas, pues solo le sirven para ser risa de todos, ya tasando sus acciones, y ya aumentando sus penas: ¿qué te parece de la comparacion, amigo Gallo? ¿pardiez que ya he aprendido de tí á hablar por metáforas. *Gall.* Y no te parezca facil, que mas de quatro que se juzgan por discretos saben entenderlas menos, quando piensan que las hablan mas; porque no todos entienden lo que dicen, aunque todos dicen, como les parece, que lo entienden: la similitud está propísima, no la podia decir un Gallo mas bien acomodada. *Myc.* Basta: que como me has dicho te ha parecido la gobernacion de un Reyno, hecho me has no desearlo; porque es cordura creer mas á la experiencia conocida que la ciencia mas estudiada: pero dime por

por tu vida, ¿quando eras caballo, perro, pescado y rana, cómo podias sufrir aquel género de vida? *Gall.* Larga cosa me preguntas, y ahora tan poco apropósito, que por estas dos razones no quiero responderte; mas solo quiero que sepas (hasta que de eso hablemos mas despacio) que hablando generalmente, y con el recato que merece esta materia, que no hay modo de vida entre quantos he gozado que no me parezca mas sosegado y quieto, mas conforme á los afectos naturales, y mas ordenado á la duracion politica, que la vida humana, que el natural de los hombres: ¿quieres verlo claramente? mira si entre los animales viste caballo logrero, rana calumniadora, grajo enredador y mentiroso, mosquito maldiciente, gallo murmurador, perro ladron, ni con otras maldades y delitos que vosotros los hombres inventasteis, y acometeis cada dia. *Myc.* En todo dices verdad; y si yo, Gallo amigo, he de decirte la, ya que tratamos de afectos naturales, te confieso que no puedo olvidar los deseos que tengo de ser rico; jamas pude apartarlos de conmigo desde que conocí lo que es riqueza; y ahora despues que tanto me has dicho (mira que talle de enmendarme) se me representa aquel pasado sueño, entreteniendome mis ojos y mi imaginacion con la cantidad de oro que me parece que veia entonces; y si alguna cosa me da pena, y me divierte de esta gloria, es ver aquel perverso Simon descausando en sus riquezas, sin que pueda yo hacerlo mismo. *Gall.* Brava enfermedad te ha dado el deseo de ser rico: á fé que he de procurar sanarte de ella: para que eches de ver que en la tierra la mayor felicidad es sueño, levántate luego, y sígueme, que aunque hace escuro, y es de noche, yo te llevaré seguro; que quiero que vamos á casa

de Simón y de otros ricos, para que veas la vida que viven, y lo mucho que padecen. *Myc.* ¿Cómo hemos de entrar si están cerradas las puertas? ¿quieres obligarme acaso á que rompa las paredes? porque con la ayuda de un gallo será muy dificultoso. *Gall.* Eso no fuera posible; mas fácil tendrás la entrada, porque Mercurio, que es mi patron y abogado, y á quien los gallos somos dedicados, me ha concedido tal gracia (habiéndoselo rogado muchas veces, por lo mucho que la deseaba) que tomando la pluma mas larga de mi cola (no dificultosa de sacarse por su blandura) pueda la persona á quien yo se la diere hacerse invisible, abrir con ella las puertas, y ver todas las cosas que quisiere. *Myc.* Pues á fe que tienes tú dos bien hermosas. *Gall.* Sacando la del lado derecho alcanzarás esta gracia, con solo llevarla adonde fueres. *Myc.* Pardiez, Gallo, que no sabia yo que eras tan grande embaydor y hechicero: ¿adonde aprendiste tales cosas? dame presto aquesa pluma, y verás quan de priesa hago á Simon la visita, y me traigo conmigo todas sus riquezas, y el cuitado y miserable volverá de nuevo á roer y tirar los cuecos podridos de que solia hacer zapatos: ¡ó gracia milagrosa! ó generoso Gallo, pues por tu medio salgo de mi ordinaria miseria: vamos apriesa, así vivas, verás como con los bienes de Simon me hago esta noche rico. *Gall.* No era lícito hacer eso, *Myc.* ¡lo amigo, y yo en ninguna manera puedo consentirlo, porque me manda Mercurio que si alguno con mi pluma quisiere hacer cosa semejante, descubra yo el ladron á grandes voces. *Myc.* Eso no puede ser cierto, porque siendo Mercurio el mayor ladron del mundo, claro está que ha de holgarse que lo seamos todos; porque ya sirve de gozo el mal de muchos: vamos en buen hora adonde dices,

cés, que mal me andarán las manos, ó yo traeré el oro que pudiere quando vuelva. *Gall.* Sácame primero la pluma que te he dicho de la cola. *Myc.* Ya la saco. *Gall.* Pardiez bueno, ¿ambas las sacaste juntas? *Myc.* Calla, Gallo, que es porque tengamos la virtud doblada, y vamos mas invisibles; y así quedas tú mejor, porque no andas cojeando falto de la una parte de la cola, y estás mas galan sin ambas. *Gall.* Sea como tú lo quisieres, que claro está que donde se aventurare interes habeis de engañar los hombres. ¿Dónde quieres ir primero, en casa de Simon, ó de otro rico? *Myc.* En casa de aquel Simon por vida tuya, cuyo nombre tambien se le aumentó despues de rico, pues le añadió dos sílabas mas que quando pobre: pardiez que hemos llegado ya á su puerta: ¿qué hemos de hacer ahora para abrirla? *Gall.* Llega la pluma á la cerradura, y verásla luego abierta. *Myc.* ¿Qué es esto! ¡válgame Dios, ya está abierta tan facilmente como si fuera con la llave! *Gall.* Entremos, y ve delante. *Myc.* Quisiera saber si vamos bien invisibles, no haya acá otras plumas contra aquestas, y á tí te dexen sin ninguna, y á mí me carguen de palos. *Gall.* Ve sin miedo, que no te verá nadie: ¿ves á Simon como está velando haciendo cuentas? *Myc.* Ya le veo por Júpiter; y á fe que no es poco verle á la escasa luz de aquella vela oscura y triste que le alumbrá. ¿No le ves y qué amarillo está despues de rico? ¿qué flaco, qué consumido, qué enfermo, y qué desmedrado? Sin duda que los muchos cuidados le truxeron á este extremo, porque yo no he oido que haya caído enfermo: diferente estaba quando era pobre zapatero, que quando poderoso y rico. *Gall.* Escúchale, y sabrás por lo que está tan mal contento y afligido. *Simon.* Pienso que están bien guar-

guardados aquellos setenta talentos enterrados debaxo de la cama, porque no hay viva criatura que los haya visto: no estan tan seguros los otros diez y seis que puse debaxo del pesebré, porque pienso que me los vió esconder Sofilo el caballero; veole contento y bien vestido, acude mal á su oficio, hase hecho de pocos dias holgazan y perezoso: miedo tengo que el bellaco me ha llevado algun dinero, porque no acude como solia á servirme; y dióme mala señal ayer Tibio el cocinero, que le traia aderezado un gran pescado, y si no tuviera con qué no lo comprara; y agora me acuerdo que me dixeron que habia comprado no se qué joya para su muger por cinco dragmas: ello es sin falta como pienso; triste de mí, ¿qué haré, que estos bellacos me robarán quanto tengo, y desperdiciarán todos mis bienes? Tampoco me aseguro mucho de aquellos vasos de plata que escondí ayer tan cuidadosamente: válgame Dios, ¿si fui visto de alguno de mis criados? que hice tanto ruido para cubrirlos, que no se si despertarian: agora en duda mejor será mudarlos á otra parte, porque son piezas muy ricas, y perderia muchísimo en perderlas; y mas que aquella pared que cae á la calle no es tan fuerte, á mi parecer, como quisiera, y pueden romperla facilmente, y robarme la bagilla mas preciosa que se vió en Grecia. Válgame Dios, ¿qué envidiada que es la riqueza? Muchos hay que me andan trazando engaños, mal me quieren quantos me conocen, y sobre todos el mayor enemigo mio es este Mycilo mi vecino; no sé por qué, que no le he hecho agravio; porque guardar mis riquezas no es ofensa para nadie. *Myc.* Dice verdad por el Dios Júpiter, que soy tan envidioso de su prosperidad como él soberbio con ella; mas yo me vengaré llevándome

aques-

me aquestos platos que estan sobre este bufete. *Gall.* No hagas tal, Mycilo, mira no se enoje el Dios Mercurio, y haciéndonos visibles, nos hallen con el hurto. *Myc.* Eso fuera á no ser éste avariento: escucha, que vuelve á hablar en sus desvelos. *Simon.* A fe que me importa velar toda la noche, para guardar mis riquezas; porque si me sienten dormido han de hurtármelas: yo andaré toda mi casa sin dexar el mas estrecho rincon que no registre: ¿quién es este? Ya te veo; por Júpiter no te me irás, ladron, porque te tengo asido: ¿qué paredes rompiste? ¿por dónde entraste? ¿cómo no hablas? Mas ya veo que es un poste: seguro estoy, bien puedo quietarme un poco. *Myc.* ¿Hay mas gracioso miedo? ¿hay tal engaño? *Gall.* Como esos padecen los miserables ricos. *Simon.* ¿Si me engañé en aquella cuenta que hice?: bueno será volver á contar el dinero que he enterrado, por ver si sale bien con la memoria que guardé en el escritorio. Ay! paréceme que oigo ruido; no hay duda sino que son ladrones, que hay muchos deseosos de mi riqueza, y me persiguen con varias asechanzas: ¿adónde está mi espada, por si topáre con alguno?: mas todo parece que está quieto: volvamos otra vez á desenterrar el oro. *Gall.* De esta manera que Simon, viven los ricos, así descansan los poderosos, Mycilo amigo; y porque mejor lo sepas, pues falta tanto para venir el dia, vamos en casa de otro rico, para que veas que en todos son unos los cuidados. *Myc.* ¡O cuitado hombre! ¡ó miserable rico! ¡ó desdichada abundancia! Enriquezcan mis enemigos de esa suerte, que si la riqueza trae consigo desvelos tan notables, yo la juzgo por la mayor desdicha: ¿quién creyera la vida miserable de los ricos? Dichosa mi pobreza, que ya

que

que no me trae abundancia, tiene contento abundante, y alegría que dura y permanece: déxame por tu vida vengar de este, Gallo amigo, que primero que me vaya le quiero dar un golpe en la mexilla. *Sim.* Ay que me han herido, que me roban, desdichado de mí, que entran ladrones. *Myc.* Llorra, y vela, pecador desventurado, mientras esas inquietudes y tesoros acaban tu miserable vida: quiera Dios que te vuelvas como el oro, pues en su estimacion tienes el corazon tan arraygado. Vamos desde aquí, Gallo querido, á ver á Gniphon el logrero, pues de aquí vive tan cerca. *Gall.* Vamos donde quisieres, que quiero enseñarte mas exemplos de lo malo que deseas. *Myc.* En llegándoles la pluma, se abrieron ambas las puertas. *Gall.* Mira como este tambien está velando, y lleno de temores y cuidados, sumando lo que ha ganado á sus logros, torciéndose las manos, porque le parece poco: vesle, pues antes de mucho, sin que le valgan sus usuras, se ha de volver en mosquito, araña, ó mosca. *Myc.* Ya veo un hombre malaventurado y miserable, que así humano como es (si es que es humano un logrero) no tiene mejor vida que el mosquito; pues está el cuidado chupado y consumido con la codicia de juntar hacienda: yo apostaré que se dexa matar este de hambre, por no gastar los tesoros que ha robado. Vamos á otro, si quieres; porque me mueve á ira ver á un logrero hurtando toda la vida, para que otros gocen quanto hurta. *Gall.* Vamos á ver á Eucrates. *Myc.* Vamos. *Gall.* Toca las puertas. *Myc.* Bien podemos entrar, que ya se abrieron: ¡ah casa, casa! pocas hora ha que quanto guardas era mio. *Gall.* ¿Aun todavía te estás soñando riquezas? pues déxate de esas locuras, y mira á Eucrates. *Myc.* ¿Qué es de él? *Gall.* Ves-

le

le allí detras de aquel mancebo. *Myc.* Ya veo al buen viejo ocupado en lo mismo que los otros: desdichado por cierto; pues siendo tan enfermo, y ya de tantos años, no sabe estar descansando: ¿qué está en el otro aposento? Pardiez que es la muger de Eucrates, que está con el cocinero agraviando á su marido; ¡hay desdicha semejante! *Gall.* Y ahora, ¿qué es lo que dices? ¿fuera de buena gana uno de aquestos, ó quisieras ser Eucrates, ó como heredero suyo poseer sus bienes con la desdicha que él los goza? *Myc.* No por cierto, Gallo amigo; pues menos dolor fuera morir de hambre, que cometer ó sufrir maldad como esta; malditas sean las riquezas, lleve el diablo los convites; ya no deseo el oro, no quiero la plata, ni el regalo; mas estimo dos maravedis que tengo para pasar mi vida, que no perderla con tantas inquietudes: la mia es la riqueza verdadera, y los ricos son los pobres; pues con temores y desvelos acaban la vida, sin gozar de lo que tienen. *Gall.* Mira que ya amanece, vámonos á casa, que otro dia verás lo que te queda. *Myc.* Vamos, Gallo, y Dios te guie por lo que me has enseñado.